

# LA PIEL Y LAS EMOCIONES

Duck es un pastor alemán que le regalaron a Laia el día que cumplió los ocho años, fué recibido con mucha alegría y los primeros días en la casa fué el centro de atención de todos. Al cabo de unos meses el perro pasó a segundo plano y poco más tarde empezó a resultar molesto y los juegos y caricias se convirtieron en gritos y recibió algunas patadas sin saber bien el por qué. El perro pasó a ser un problema cuando empezó a rascarse hasta hacerse una herida en el lomo. Consultaron varios veterinarios que coincidieron en el diagnóstico de eczema e indicaron cortisona y antihistaminicos con escaso resultado. Pero el problema de Duck que se manifestaba en la piel con caída de pelo, picor desesperante y erupción húmeda, no estaba en la piel sino en el abandono sufrido, el desamor y el rechazo vividos. La reflexión hecha a Laia sobre lo que estaba ocurriendo y unos glóbulos de Psorinum 30 ch en el agua del perro, hicieron desaparecer el picor y devolvieron a Duck el hermoso pelo brillante que tenía.

El sistema nervioso, la piel y los órganos de los sentidos se forman de la misma región embrionaria, el ectodermo, quizás por ello mantienen en el individuo ya constituido una relación tan íntima, no siempre evidente para el observador casual, pero que se pone de manifiesto cuando se hace una historia clínica cuidadosa donde es posible observar la coincidencia de momentos críticos en la vida de una persona, con manifestaciones cutáneas de diferentes tipos, relacionados con la cualidad de la emoción que se está viviendo.

La pregunta que suele hacer el paciente en la consulta ¿qué me pasa doctor? , suele tener varias respuestas y en el caso de la enfermedad de la piel una primera que tiene que ver con el nombre de la lesión, pero otra respuesta es necesaria para aquellas personas que creen que lo que les ocurre tiene un significado , indica o apunta hacia algo. El síntoma ocurre en un momento de la transformación que implica el vivir y es siempre un signo que nos habla de lo que está ocurriendo en la totalidad de la persona.

En general la enfermedad no es agradable de ver y particularmente la enfermedad de la piel genera rechazo social pues se asocia inconscientemente con la suciedad y el contagio. Tanto más en nuestra sociedad donde el aspecto externo ha adquirido importancia fundamental. No es raro que el rechazo, cuando es sentido de mí hacia el otro, encubra el miedo a establecer una relación íntima o a adquirir un compromiso y en éstos casos la erupción justifica el no acercamiento y evita la angustia. Cuando el rechazo es vivido de forma pasiva, como en el caso del perro de Laia, origina sentimientos auto-culpabilizadores que pueden llevar a una agresividad dirigida contra sí mismo y que se expresa en las lesiones provocadas con el rascado.

Cuando decimos de una erupción que ha salido, o que ha brotado, expresamos la realidad de un proceso que va del interior del cuerpo hacia el exterior a través del cual el organismo saca algo hacia afuera. Lo más común es no querer verlo ni que lo vean, de forma que buscamos soluciones rápidas en pomadas antiinflamatorias, antihistamínicas y otros “antis” que no hacen sino esconder la basura debajo de la alfombra. Si la vitalidad de la persona es suficientemente fuerte, volverá a sacar hacia el exterior lo que tapamos con tratamientos supresivos, pero si se trata de un organismo debilitado el problema puede ir a parar a órganos más internos y más vitales provocando trastornos más graves. No es raro encontrar reacciones asmáticas o intolerancias digestivas en el plano físico y aumento de la ansiedad y alteraciones en el carácter en lo psicoafectivo, como consecuencia del maltrato de las erupciones. Por otra parte es muy común observar, en un proceso curativo, cómo las manifestaciones en la piel son el punto final y la curación verdadera de la enfermedad interna, actuando la piel en éste caso como órgano eliminador de toxinas y aliviadero de la tensión interna.

Es evidente la función protectora de la piel, pero no lo es menos su cualidad sensitiva, asiento del sentido del tacto que nos relaciona con lo más próximo, haciéndonos sentir placer o dolor y nos reviste con un traje a nuestra medida dentro del cual no siempre estamos cómodos. Lo que el lenguaje cotidiano pone de manifiesto cuando decimos de alguien que tiene “la sensibilidad a flor de piel”, para indicar que se trata de una persona que siente la vida con intensidad dolorosa, como a quien le faltan algunas capas a su piel y el mínimo contacto le provoca escozor, refleja la similitud de la experiencia vivida y la relación entre la herida del alma y la de la piel.

Todo el mundo está de acuerdo en que la piel expresa instantáneamente las emociones. Cuando observamos que alguien se pone rojo de cólera o de vergüenza, pálido de angustia o lívido de miedo o el terror lo deja empapado de sudor o incluso cuando un animal nos agrede porque huele nuestro miedo. En éstas ocasiones nuestra piel actúa como sistema de señales de un lenguaje no verbal que habla por nosotros revelando situaciones internas que muchas veces preferiríamos ocultar. Pero cuando la emoción no es puntual sino mantenida durante días o años, actúa como un factor irritativo constante provocando la estructuración de lesiones que tanto el que las padece como el médico mecanicista que ve la piel como aislada de la totalidad funcional, no suelen relacionar con los problemas psicoafectivos.

### ***Un caso de acné***

Begoña nunca había tenido problemas de piel ni siquiera cuando se iniciaron las reglas le habían aparecido granitos, de eso ya hacía diez años. Cuando me consultó tenía veinticuatro años y presentaba un acné quístico de distribución típica en la cara, pecho y espalda desde hacía más de dos años y contra el que ya había intentado todo tipo de tratamientos, según sus

propias palabras, antibióticos, hormonas, limpiezas locales y dietas con lo que había conseguido tan solo mejorías leves y transitorias. Ella reconocía en sí misma un cierto estado depresivo ya que la erupción no le hacía sentirse cómoda con ella misma sino al contrario, más bien desgraciada. Se estaba volviendo solitaria y rehuía las invitaciones y compromisos sociales. Había sido una adolescente romántica y soñadora, su ambiente familiar habían favorecido ésta tendencia y ella había cursado estudios que la capacitaban para trabajos de ayuda social. Su entrada en la edad adulta significó para ella una gran decepción con respecto a lo que realmente podría hacer con su trabajo, su realidad no correspondía con la fantasía que de ella se había hecho, se sintió engañada y defraudada por todos y a medida que éstos sentimientos se instalaban en ella los "malditos granos" fueron colonizando su piel como expresión de la agresividad que el entorno le provocaba. Su acné también le daba una cierta rentabilidad al evitar cualquier aproximación amorosa, así que podía mantener intacta la fantasía de un hombre maravilloso que algún día podría aparecer, pero que la condenaba a una sexualidad no vivida que a su vez alimentaba el acné. En éste caso, f icticio pero basado en la realidad, se pueden ver los trazos básicos de un remedio homeopático, el Natrum Muriáticum, habitual en los problemas de acné, en que la secuencia:idealización, decepción, resentimiento, forma el núcleo del desequilibrio que posteriormente se manifestará en niveles somáticos más superficiales, en ésta ocasión en la piel. Quiero resaltar de la historia de Begoña la finalidad útil de los síntomas físicos, no solamente porque expresan la enfermedad al exterior sino que sirven como justificación y como refugio últimos para no afrontar las propias contradicciones. En éste sentido la curación se ha de iniciar en un profundo acto de la voluntad, en la íntima determinación de querer estar sano.

La adolescencia es una edad muy apropiada para que se conjuguen los elementos necesarios para la aparición del acné: sobre la efervescencia hormonal, propia de éste momento y difícil de manejar por el joven, no es rara la decepción como en el caso de Natrum Muriáticum, o los conflictos en relación a la propia imagen, como en los casos de Sulphur, en los que hace un abandono de su aspecto físico cargado de egoísmo y rechazo agresivo de la norma social, o la tremenda inseguridad consigo mismo y la duda sobre sus capacidades propia de Silícea.

### ***La ansiedad y el picor***

Ansiedad y picor son dos síntomas estrechamente relacionados al punto que se podría decir que la ansiedad es un prurito de la mente y el picor la ansiedad vivida en la piel. El resultado de ambos es el desasosiego y la inquietud que tanto en lo físico como en lo psíquico debilitan el organismo predisponiéndolo para la enfermedad orgánica.

La ansiedad en mayor o menor grado , es una experiencia común y cotidiana de todos los humanos, se dice de ella que es existencial que es como decir que es consustancial con el hecho de vivir. La ansiedad está

originada en la separación primera entre el niño y la madre, en la pérdida del original estado paradisiaco de unión con el todo. Podemos observar cómo el bebé que llora crispado, contagiando su angustia a los que lo rodean, se calma y se relaja, dulcifica sus rasgos con la comida y con el contacto con la madre a través de la piel. Luego en la edad adulta, ése primer conflicto de separación, vivido como ansiedad, es frecuente que se manifieste en trastornos de la alimentación como la bulimia y/o en alteraciones de la piel acompañadas de picor.

El picor expresa la carencia crónica de las cálidas caricias que aunque sea por un momento nos sacan de la sensación de separación y aislamiento y nos dan la serenidad y la confianza que surgen del sentirse en un todo armónico.

La ansiedad en lo más profundo y el picor en lo más superficial expresan el disconfort básico de la enfermedad, la incomodidad que lleva a la búsqueda de lo que nos haga sentirnos en contacto, comunicados.

### ***La violencia manifiesta en la piel***

La agresividad es quizá la emoción más difícil de manejar ya que está socialmente mal considerada y sin embargo es necesaria para mantener la integridad personal. Lo más común es que sea reprimida y luego mal expresada, a destiempo o fuera de lugar, alejada del contexto que la originó y de forma explosiva, desproporcionada, violenta.

En ocasiones la piel manifiesta un conflicto en relación a la agresividad, desarrollándose erupciones de presentación rápida, con inflamación brusca de la piel que ponen de manifiesto un substrato alérgico y por su forma de presentación nos hablan del contenido violento de la persona que las vive. Suelen resolverse con Apis Mellifica, medicamento hecho a partir del veneno de la abeja . La personalidad de éste remedio es de naturaleza pacífica y hacendosa pero de desproporcionada agresividad sobre todo verbal.

Hay otras erupciones que se desencadenan cuando la piel sufre una agresión, a veces mínima, en forma de presión o constricción, es el llamado dermografismo en el que la piel se inflama en el lugar donde recibe la presión. Esta reacción exagerada de la piel a la agresión sufrida habla de una agresividad contenida, como en los casos de Staphisagria que son personajes hipersensibles a todo tipo de injusticia o abuso, pero que la educación recibida y la dignidad con que llevan su imagen les impide reaccionar adecuadamente en el momento oportuno y sufren muchos trastornos debido a la contención de la violencia que el medio, siempre agresivo les provoca.

### ***El crecimiento equivocado***

El desarrollo de tumores y verrugas en la piel expresan la tendencia normal a crecer propia de todo lo vivo, pero en dirección y velocidad equivocados. El remedio típico de éste tipo de lesiones es Thuja, personaje insatisfecho, de personalidad compleja a veces dual, con deseo de más siempre orientado a la adquisición de lo material como forma de protegerse de la presión que ejerce su propia conciencia que le recuerda el error de la dirección emprendida.

### ***Mejor fuera que dentro***

La tendencia natural del cuerpo es a situar el desequilibrio en los órganos que comprometan menos a la vida. Es expresión de buena vitalidad que el cuerpo elimine hacia la superficie las toxinas, sea a través de la piel o del intestino o de la orina, liberando el interior y manteniendo así el equilibrio de las funciones internas. Y ésto es cierto tanto en las situaciones agudas provocadas porque hayamos comido algo en mal estado o porque algo, en un sentido mucho más amplio, nos haya sentado mal, como en las situaciones más crónicas en que las emociones negativas actúan como un factor irritante, de la misma forma que las toxinas adquiridas por la dieta equivocada o producidas por el propio metabolismo. Esta dirección de dentro a fuera, propia del dinamismo vital, ha de ser acompañada y favorecida de forma inteligente, permitiendo que el organismo se libere pero de forma suave y no dolorosa, mediante los remedios adecuados, ya que la Naturaleza actúa ciegamente y puede en su fuerza curativa destruir lo que intenta salvar.

Lo que en ningún caso conviene es contrariar la dinámica eliminadora del cuerpo con productos que suspendan ése movimiento de limpieza ya que se corre el riesgo más que probable de que en éstos casos el remedio sea peor que la enfermedad y que lo no expresado o suprimido de la piel cause males mayores en el interior.

Dr. Miguel Luqui Garde  
Febrero del 1999  
Barcelona